



### CAPITULO III

#### Peripecia

---

**P**RIZABA, 10 de Marzo. Creo que no quedaría descontento don Hermógenes si supiera que apellidaba peripecia á este repentino cambio de situación. Parecía que las cosas iban á quedar en tal estado, prolongándose por una eternidad, sin que viéramos mutación ni en un futuro remoto, cuando quiso nuestra buena suerte que viniera algo que nos hiciera vivir, palpitar y movernos un poco: aquí está *Pamuceno*, el europeo *Pamuceno*, por gracia de Pacheco, y viene dispuesto á encender la guerra civil y á acabar con el gobierno de Juárez.

¡Qué miedo!

No sé por qué no puede tomar á lo serio al pobre



general Almonte. Si fuera sanguinario como Márquez, valiente como Valle, glorioso como Miramón, soñador como Degollado, ó temerario como González Ortega, tendría representación en mi cerebro; pero siendo como es un infeliz, un infeliz sin color (digo sin color moral,



Luis Napoleón manda á Pamuceno para decir á México palabras de paz.  
(Copia de una caricatura de la época)

que pigmento le sobra para surtir á una tribu de mozambiques), sin fisonomía, sin arranque, sin talento, sin conciencia y sin nada, no puede representar ni representa más que una borrosa é inconsistente nulidad. Vienen con él, el padre Miranda, Haro y un aprendiz de conservador llamado Samaniego.

El cotarro se ha puesto en gran alboroto al saberse

que ha llegado el hijo bastardo de Morelos, y como él no oculta la satisfacción que le causa estar metido entre los bagajes del ejército francés, á nadie le escasea noticias sobre su salud y sus andanzas.

— Es un bellaco, decía ayer Prim; se envanece de que el Emperador le haya dado cartas patentes que le acreditan vicario suyo *in partibus infidelium*; pero no llegará á cantar victoria, créanmelo ustedes... Ahora llega ufánísimo porque acaba de ser tocado al original: el príncipe Maximiliano le recibió en su palacio, y el veinticinco de Diciembre, á la hora del nacimiento del Señor, cuando la música tocaba y el incienso se elevaba á las bóvedas del templo, y el sacerdote cantaba el *Gloria in excelsis*, el presunto rey de México dió el dulce sí, ofreciendo que si el pueblo mexicano le llamaba, vendría con gusto á hacerle dichoso.

Parece que *Pamuceno* trae facultades para conceder empleos, honores y hasta títulos, pues para ello le autorizó la futura Majestad mexicana.

*La misma fecha.* Acaba de desembarcar en Veracruz una nueva expedición francesa. La manda el general conde de Lorencez, y viene á reforzar á los pobres y agotados contingentes que se hallan en los acantonamientos. Cuando supo el Emperador, cuenta Pérez Calvo, que nosotros habíamos aumentado nuestro efectivo, dispu-



so mandar mil quinientos hombres más; pero el mariscal Randón, ministro de la Guerra, que se hallaba tomando baños, protestó contra semejante determinación. «Mandar mil quinientos hombres, equivale á mandar mil quinientas ovejas al matadero; mándese una brigada y así cumpliremos un poco», y por eso viene la cantidad de tropas precisa para que con las que aquí están se forme una división.

20 de Marzo. ¡Quién dijera que *Pamuceno* había de servir algún día de manzana de discordia! Los ingleses y los españoles declaran que no pueden tener acuerdo ninguno con los franceses mientras el máncer dure entre ellos, y los otros se aferran en consentir, mantener y ayudar á Almonte.

Ora se convencen los comisarios de que se debe echar á *Pamuceno* y le ordenan se marche para Veracruz, ora recuerdan que el Emperador le favorece con su amistad y que es costumbre escudar al que se abrigue bajo el pabellón francés. ¿Cuánto vamos á que de *Pamuceno* sale la chispa que haga estallar esta mina, cargada hasta la boca?

Sería curioso.

24 de Marzo. Un drama espantoso, un drama que espeluzna, un drama de los que sólo pasan en este país:

Robles Pezuela, liberal en un tiempo y después conservador rabioso, venía á Tehuacán á reunirse con los franceses, cuando fué cogido prisionero por las tropas juaristas. Estaba en poder del alcalde de Toxtepec, y al saber que sería remitido á disposición de Zaragoza, trató de fugarse acompañado del general Taboada, que venía disfrazado de mozo de Robles. Eran las dos de la tarde; habían caminado los prófugos un buen espacio sin que nadie les detuviera, cuando sintieron tras de sí tropel de caballos, después oyeron gritos de «*Párense ay. No corran, que son pocos*, y otros con que nuestros acreditados tulices suelen intimidar á los perseguidos y darse ánimos.

Robles apretó á correr y corrió Taboada tras él; ya lograban escaparse, ya veían el campamento francés; los caballos, como comprendiendo la tarea que tenían encomendada, aumentaban la velocidad, hacían revolotear el polvo del camino al levantarlo con sus finos cascos, se acordonaban, se estiraban, tascaban el freno, llenándolo de blanca espuma y corrían, corrían como flechas que van al blanco... los fugitivos sentían que el aire les volaba las chaquetas, que les echaba las bufandas á la cara y que ponía en tensión sus barboquejos... Allí estaba la tienda del primer puesto francés, con sus franjas azules; allí estaban los pabellones de fusiles relumbrando al conjuro de un sol de fuego; allí estaba incrustado en el insolente azul del cielo, el pantalón rojo



de un zuavo que subía á una eminencia... En salvo, al fin en salvo; ¡pero á qué costa! ya no podían los caballos y era menester ponerles á un moderado galope... De repente se oye detrás el patalear de otro caballo; Robles cree que es la bestia que montó su compañero; Taboada que es la de Robles... Mas no hay tiempo de reflexionar: un lazo (el arma nacional en México, según los franceses) se cierne en el aire, describe una *crinolina* elegantísima, se abate sobre el caballo tordillo del general, y cuando éste mira venir la *mangana* y quiere hurtar el cuerpo, cortar la sogá, azuzar el cuaco, ya no es tiempo: está cogido por la cintura, le sacan de la silla, le derriban del caballo, le arrastran por el suelo y sólo alcanza á ver una gran polvareda, la que deja el caballo de Taboada, y un charro vestido de cuero de venado que amarra á toda prisa, mientras otros le gritan:

— ¡Buen lazo!

— ¡Amárrale corto!

— ¡Cojan al penco!

Robles caminó arrastrado un buen trecho, dejó el rostro estampado en el suelo, dió varias vueltas antes de encontrar la posición en que había de seguir hollando con narices, barba y boca los matojos y las piedras del camino, y fué levantado sin conocimiento, con un brazo roto, varios dientes menos, la cara hecha pedazos y la cabeza llena de descalabraduras. Así le transpor-

taron á San Andrés, donde dieron cuenta del caso á Zaragoza.

— ¡Que le fusilen en seguida! fué la respuesta.

Como Juárez acaba de expedir una ley en que castiga con pena de muerte á los invasores y á cuantos admitan de ellos honores, empleos, cargos ó condecoraciones y á cuantos les auxilién, favorezcan y amparen, Robles quedó preso y al día siguiente llevado al patíbulo. Con el brazo roto, la cara llena de sangre, la ropa hecha jirones, calenturiento, delirante, iba sentado en una silla que conducían de mala manera soldados liberales.

Todas las frentes se descubrían al paso del preso, todos los semblantes manifestaban compasión por él; Robles consiguió sobreponerse á sus dolores, miró por última vez el cielo, el caserío, las montañas distantes y presentó el pecho á las balas que le destrozaron.

¡No va á ser mal rato el de *Pamuceno* al saber la suerte de su compinche y no sé si también su discípulo ó cosa así!

27 de Marzo. He ido á Tehuacán á saludar á mi maestro Saligny y me he quedado convencida de que el Ministro conoce su oficio mejor que se figuran los mexicanos, que le pintan sólo de borracho, mujeriego y mal hombre.

— Tengo un mérito, me dijo modestamente, y es haber



adivinado las intenciones del Emperador... Figúrese usted qué valdrá la diplomacia de estos infelices, junto á la diplomacia francesa, junto á la primer diplomacia del mundo. Obtuvimos buenos puntos para la estancia de nuestras tropas, avanzamos la mitad del camino de México, y el día que sea menester nos adelantaremos hasta la capital sin disparar un tiro, recibidos por repiques de campanas y arcos de flores... Los arreglos de la Soledad son el mejor negocio de mi vida.»

— Sí, interrumpí, porque aunque es menester reparar las fortificaciones del Chiquihuite, nuestras tropas lograrán tomarlas sin mucho trabajo.

— ¡Reparar la fortificaciones! ¿Pero usted cree que vamos á hacer esa tontería? Llevar nuestras tropas á la muerte, echarlas en garras del vómito, del paludismo y de la disentería, exponerlas á una catástrofe por causa del clima, no de las balas de los mexicanos, sería indigno de quien tiene á su cargo las vidas de ocho mil franceses... Y luego, que las famosas fortificaciones del Chiquihuite, nada valen: consisten en unos cuantos cañoncillos de hierro, y en unos cuantos pedruscos que no resistirían cinco minutos de fuego... amén de que la fortificación se puede rodear por San Juan de Punta...

— ¿Y el Almirante?

— ¡Ah, señora, no me hable usted del Almirante! Es mi bestia negra, es mi cabrión: quiere que se cumplan los

convenios porque al calce de ellos está la firma de los representantes de Francia... Mas esos son escrúpulos tontos: los convenios son para mí como si no existieran; no les doy de valor ni el del papal en que están escritos.

No puede usted figurarse mis trabajos en estos días; hacer la guerra al Almirante, al de Reus y á Wyke, para tener el gusto de realizar las intenciones del Emperador, dándole un reino que ambiciona...

— Pero, Prim y Wyke están unidos.

— Unidos, sí; pero para darme el gustazo de romper el tratado de Londres, que fué á lo que vinimos.

Ellos creen servir á Juárez, á su ambición, á sus gobiernos, á su religión, á sus pasiones, á todo menos á Francia; y es, asómbrese usted, á lo único que ayudan...

— Han pedido el reembarque de Almonte, ¿no es verdad?

— Sí; pero no lo lograrán nunca: al presentarse Almonte en el campo francés, el prefecto de Tehuacán quiso aprehenderlo, mas yo me apresuré á impedir que pusieran mano en él. Figúrese usted, un hombre á quien honra S. M. y que ha traído consigo cartas que le constituyen en agente suyo, puesto en manos de bandidos que le harían correr el mismo fin que á Robles, y celebrarían con su cadáver una fiesta de caníbales... El lo



— Príncipe ¿y cuál es el estado sanitario de Veracruz?

— No me toquéis ese punto, señor Conde: el estado sanitario es deplorable; el comandante Croix está atacado de vómito;



JULIEN DE LA GRAVIÈRE

el capitán Rusell sufre una tremenda disentería; han muerto de vómito el jefe del cuerpo médico Lallemand; Michel, médico mayor; Quenont, ayudante de administración; Houchard, oficial de contaduría; el comandante Wedel y su segundo Ladde,

y por último, el capellán del cuerpo expedicionario Ribbains... Es cosa que contrista el alma ver tantos oficiales de mérito caer al golpe de una perversa enfermedad que se resiste al tratamiento científico... Señor ministro, necesitamos pasar á clima mejor ó resignarnos á que nuestro ejército se reduzca en una proporción horrorosa...

— ¡Y así pretende el Almirante que repasemos el Chiquihuite! exclamó Saligny. ¡No será, y no será, vive Dios!...

— Ved lo que me dice el barón Wagner, representante de Prusia, que reside en este país desde hace tres años: «Si no sube inmediatamente vuestro ejército más allá de Córdoba y de Orizaba, le dejáis á que le diezmen el vómito y las fiebres perniciosas. El primer aguacero os traerá ese cortejo de males, y una vez que la infección se haya introducido en el ejército, os será imposible ponerlos en camino: podréis así perder dos ó tres mil hombres en unos cuantos días... El Gobierno mexicano, que conoce estos peligros, tratará de reteneros donde estáis, dándoos largas y moratorias. Estamos en víspera de la estación de lluvias, é inmediatamente que comiencen éstas, esparciendo los miasmas de la fiebre perniciosa y tornando impracticables los caminos, no conseguiréis caminar en un día lo que ahora, que es el tiempo favorable, hacéis en un rato.»

— Mas el honor de Francia... murmuró Bibesco.

— El honor de Francia no consiste en dar gusto á media docena de demagogos que han violado mil veces la convención, como violan todas las leyes divinas y humanas... Yo tomo bajo mi responsabilidad esa supuesta violación de los tratados, que no son tales tratados hasta el momento en que los ratifique el Emperador...



Bibesco dijo, sentándose negligentemente en un sillón:

— En Veracruz teníamos un mozo de café que se las echaba de profeta: «¿es cierto, nos decía, que sólo tenéis seis mil hombres?... Con tan poca gente no podréis tomar á México.»

— No hagáis caso de profetas de mandil blanco, carísimo príncipe, gruñó Saligny, echando fuego por los ojos. El Gobierno mexicano está acosado por todas partes y se halla á punto de sucumbir... Que me dejen, y ordeno que un comandante marche con una compañía de cazadores á tomar la capital... La mayoría del país desea vivamente que se establezca un Gobierno monárquico, y pronto veréis que al aproximarnos á las poblaciones entra en acción la multitud que nos aguarda para salir de esta nefanda tiranía. Sólo falta que encuentre apoyo el partido moderado, que siempre es lento en pronunciarse, para que se revelen las simpatías por el Emperador y por el gobierno que le plazca elegir... Las fuerzas de Juárez se desbandan, sus generales le traicionan; sólo se aguarda en México al Archiduque Maximiliano para someterse á sus determinaciones justas y sabias... Que nos independamos de los ingleses y de los españoles, y veréis como las cosas se arreglan en un instante... Os lo repito; basta una compañía de cazadores bien provista de mantenimientos, para someter esta grande y rica porción de tierra y ofrecérsela al Emperador. ¡Nunca

se ha ganado un reino á tan poca costa! Recordad las hazañas de Cortés, que con la décima parte de la gente que nosotros tenemos consiguió poner preso á Moctezuma y acabar con el imperio indígena. . . . .

*9 de Abril.* Gran pelotera en la conferencia. Ahora sí se saldrá con la suya el gran Saligny, dejando con un palmo de narices á todos los otros diplomáticos, que no tienen la mano izquierda y el fino trasteo que el ministro. A las siete salió Pérez Calvo del salón de acuerdos de la conferencia, que es en la casa del Conde de Reus. Venía azotando de pie y mano, pálido, pálido (todo lo pálido que puede ponerse un negro), y sin alcanzar saliva ni acertar con nada. «Todo hundido, todo por los suelos; no hay remedio: nos vamos á España y dejamos recoger esta presa facilísima sólo á los franceses... El reembarque del general Almonte ha sido la causa de todo... El conde le habló fuerte á Saligny; el boquiflojo del ministro francés había asegurado al coronel Munduina, gobernador de Veracruz, y al cónsul español, Cortés, que Prim aspiraba á la corona de México... «A ningún precio, dijo don Juan, admitiría á México con todas sus riquezas, aun cuando viniesen á ofrecérmelo mañana mismo; prefiero con creces la posición que me he creado en España, pues lo que hay en el